



Alfredo Ávalos*

Argentinean Julieta Vitullo Wins Prize for Spanish-Language Novel, Joins the Ranks of Immigrant Women Writers

Ever since María Amparo Ruíz de Burton published *Who Would Have Thought It* (1872) in Philadelphia and *The Squatter and the Don* (1885) in San Francisco under the respective pen names of J. B. Lippincott and C. Loyal, Latin American women have not stopped producing literature in the United States. However, they have been made completely invisible, as in the case of Ruíz de Burton, who had to hide the fact that she was a woman to publish her novels. This only ended with some of the big prizes going to some of them, like the Pulitzer recently awarded to Cristina Rivera Garza for her *El invincible verano de Liliana* (Liliana's Invincible Summer).

* Alfredo is the coordinator of Community and Culture at UNAM San Antonio; you can contact him at aavalos@unamsa.edu.

The Mexican María Amparo Ruíz de Burton was born in Loreto, Baja California in 1832. Her case is undoubtedly a pending issue in the study of Mexican women authors residing in the United States. It is also an example of an exophonic writer, that is, one who writes in a second language. Different opinions have been expressed about Ruíz de Burton's work, but there can be no doubt of her importance as the initiator of a long line of immigrant women writers in the United States. Where we immigrants go, we bring our histories with us.

In 1944, the National Autonomous University of Mexico established itself in the United States, concretely in San Antonio, Texas. Since then, the UNAM has been a point of convergence for Latin Americans living in the country. Today, it has five centers through which it disseminates

the knowledge generated by Mexico's leading center of higher education. It also maintains contact and dialogue with the communities it serves through a variety of academic and cultural programs.

On the eightieth anniversary of the UNAM San Antonio, in 2024, we thought it appropriate to organize the First Prize for a Novel Written in Spanish in the United States to recognize the work of writers living in the U.S. and producing in Spanish.

We received forty-one manuscripts from eleven states throughout the U.S. and Puerto Rico. The jury, made up of writers Alaide Ventura Medina, David Miklos, and Martín Solares, picked Argentinean Julieta Vitullo's work, published under the pen name of Daniela Bordó, *La huella de tu nombre* (The Imprint of Your Name).

The jury wrote of her work:

Our decision is based on the author's skill in writing, capable of jumping very successfully from one plane or theme to another and, when dealing with issues of exile, migration, and return, topics frequent among the finalists, the story is the most structurally ambitious and

rounded. It offers outstanding experimentation with times and formats, such as epistles and intertext, and a complete command of suspense as it tells the story of a search crossing both geography and generations. Finally, we want to underline the narrator's skill in enriching Spanish, borrowing terms from English, which undoubtedly is representative of the Hispanic community in the United States and well worth following closely.

Julieta Vitullo is a dramaturge and fiction writer born and raised in Argentina. The first time she came to the United States she came on a Fulbright scholarship to do post-graduate work. She has an master's degree in English and a doctorate in Spanish, both from Rutgers University. Her fiction and essays have appeared in publications like *Into the Void*, *The Normal School*, *The Fabulist Words & Art*, *Hawaii Pacific Review* and *The Massachusetts Review*, and she has twice been nominated for The Pushcart Prize.

The following is a fragment from the winning novel, *La huella de tu nombre* (The Imprint of Your Name), by Julieta Vitullo:

A Matilde

Port Swawa, Washington, lunes 10 de junio por la mañana

El mar está helado y el aire afuera es caliente y denso. Son unas pocas brazadas hasta la escalera que baja desde el muelle y se sumerge apenas en el agua en los momentos de altura máxima de la marea. No anotaría estos detalles si se tratara de una mañana como cualquier otra. Hasta este instante que relato, nada anuncia la alteración de una coreografía que he repetido cada verano en los años que llevo viviendo en este pueblo costero y, sin embargo, algo en mi vida está a punto de cambiar y esta narración en ciernes me convoca a demorarme, aplazando el apremio de la acción con la minucia de las texturas, las distancias, las temperaturas. Desconozco, mientras mi pie se encuentra con la superficie acanalada del primer peldaño, que el día de hoy me tiene reservada una sorpresa. Digo "el día de hoy" como quien dice Dios o el destino – el universo, dicen algunos. Como si existiera un dispositivo que impregnara de expectativa el tiempo presente, anunciando alteraciones cruciales del porvenir por medio de emisarios a su servicio: un mensaje, un llamado telefónico, un encuentro fortuito o, en este caso, la carta de una muerta.

Para alcanzar el tope de uno de los pilotes de madera que sostienen la estructura centenaria hay que trepar ocho peldaños. Los pilotes tienen algo más de medio metro de diámetro, lo que permite que los jóvenes bañistas se paren en ellos y los usen

como plataforma de salto cuando van a tirarse al agua. Por ahora la única bañista soy yo, que soy joven aunque no tanto, pero cuando terminen las clases y empiece el verano el muelle se llenará de grupos de jóvenes saltantes. Quizás algún día mi hijo se una a esos chicos y chicas que se apartan de la tutela familiar para entregarse a interminables jornadas de pura libertad bajo el sol, pero con cinco años es demasiado nene aún y, si bien ya intuye la existencia de un vasto mundo más allá de su madre, por ahora sigue siendo una especie de apéndice de mi cuerpo del que sólo se despega por periodos de tiempo cortos, tres horas aquí, cuatro horas allá, seis horas cuando no me queda otro remedio que dejarlo en la guardería para ir al laboratorio o a recoger muestras.

Pongo el pie con cuidado de no pisar los percebes que han establecido sus colonias sobre la madera. Los más viejos podrán llevar diez o veinte años en ella, más que los que llevo yo en este pueblo y en este país. Son crustáceos de una morfología aberrante que crecen sobre rocas, ballenas, cascos de barcos u otros materiales bañados por el agua de mar y se aferran a ellos por medio de unas extremidades características de su especie, de aspecto más distinguido que el término que las designa: pedúnculos.

Me seco el cuerpo y la cara con la toalla y por un instante el aroma del mar, ese perfume a vacaciones, libros de aventuras e infancia que no es otra cosa que el sulfuro de dimetilo desprendido por ciertas bacterias al digerir el plancton del que se alimentan, cede ante la presencia de un olor a jabón para la ropa mezclado con la humedad del ropero del baño de mi tráiler. Me pongo encima de la malla mojada la ropa que traía. Camino los doscientos metros desde la punta del muelle hasta la calle principal de la que éste es una extensión casi natural. Llego hasta la esquina donde tres pequeñas construcciones forman el centro cívico y social del pueblo: la oficina de correos, el almacén y la casa club. En el correo, meto la llave en la cerradura, abro mi casilla y encuentro una de las cartulinas rectangulares de color rosa que indican la llegada de un paquete demasiado grande como para caber en el recoveco destinado a las cartas. Una puerta de vidrio separa el pequeño pasillo en el que me encuentro, con sus paredes tapizadas de pueritas, de la oficina de correos propiamente dicha detrás de cuyo mostrador el despachante hace su trabajo, que incluye entregar esos paquetes que no entran en las casillas y despachar envíos de tipo, peso o envergadura diferentes a los de las cartas simples que se depositan en el buzón. A menudo, cuando voy al correo, pienso lo mismo: que esas pueritas de diez por quince formando cuadrículas de filas y columnas sobre las paredes, todas idénticas y numeradas, me recuerdan por igual a dos lugares. Uno, el cementerio de la Chacarita, donde los nichos llenos de cenizas pueblan las paredes de los túneles laberínticos que se extienden por centenas de metros y cuya longitud, si se los pusiera uno tras otro, podría abarcar todo el perímetro de lo que antes se llamaba Capital Federal y hoy se conoce como Ciudad Autónoma de Buenos Aires, o CABA por sus siglas. El otro, los ficheros de la Cámara Nacional Electoral, cuyas hileras de cajones abarrotados de fichas con nombres de vivos y de muertos conforman uno de los mayores archivos de la nación, y entre los cuales pasé tantas horas de mi vida cuando todavía trabajaba en algo que no tenía nada que ver con lo mío. Algunas veces pienso más en una analogía que en la otra, pero en general ambas imágenes están presentes cuando mi vista recorre, aunque sea de manera distraída, esas paredes. Paradójicamente y quizás debido a que la vida (Dios, el destino) se entretiene jugando con nuestra ignorancia, esta vez no pienso en

ninguna de las dos analogías, ni la del cementerio de Chacarita ni la de la Cámara Nacional Electoral.

De modo que, cuando el empleado del correo me explica lo que ha sucedido, se trata en efecto de una sorpresa, un hecho que se presenta sin ceremonia o advertencia alguna pero que, como sabré más tarde, viene a sacudir todo. Una semana atrás, cuando se deshicieron de la antigua estantería que quedó despedazada tras el choque del auto de una anciana contra la pared lateral del edificio, encontraron cierta correspondencia vieja que debió de haberse caído detrás del mamotreto quién sabe cuándo. Quizás por negligencia de alguno de los empleados que trabajaban en el correo en aquel momento, quien debió de haberla dejado caer sin molestarse en rescatarla, dicha correspondencia quedó abandonada a su oscura y polvorienta suerte por un largo tiempo. El despachante me cuenta que lo salvó del choque una enorme caja de seguridad de hierro macizo detrás de la cual se encontraba ordenando unas cartas en el momento del impacto. Y que, gracias al accidente que destruyó por completo el revestimiento exterior y la mampostería del establecimiento, han dado con una carta dirigida a mí.

Reconozco el sobre del correo argentino e intuyo mi nombre, Jimena Vidal, en el centro del mismo, pero sin los anteojos me es imposible distinguir las letras minúsculas y semiborroneadas del sello y no puedo ver tampoco el nombre del remitente porque las manos del empleado se posan abiertas encima del sobre, como salvaguardándolo de mí, su destinataria. Es un hombre corpulento de unos dos metros de altura, lo que me obliga a mirar muy arriba para encontrar sus ojos. Me informa que la fecha de salida de la Argentina es el 7 de julio. No puede con la vergüenza. Noto que en realidad sus manos abiertas no intentan salvaguardar al sobre de mí sino de su propia incomodidad y le digo que el atraso no es tan grave.

—Es menos de un año —intento reconfortarlo—. En mi país las cartas pueden tardar esa cantidad de tiempo en llegar a destino y eso cuando no hay ningún accidente con ancianas. Sonrío, pero el hombre baja los ojos, apartando las manos y posándolas sobre el mostrador de fórmica.

—7 de julio, sí, pero de hace diez años —se permite mascullar.

Siento un leve temblor en las piernas porque ahora sí, ahora sí que veo algo en el frente del sobre y, aunque hago como que no veo y no sé nada, sí que sé y, en ese saber, se me cae la toalla al suelo.

Blanca Tibaldi busca nombres. Asesinos, represores, violadores, traficantes de droga, mafiosos, estafadores, impostores, ladrones, pequeños delincuentes. Nombres cuyos sonidos, formas y olores la empiezan a asediar en la vigilia y se le aparecen en sueños, adentrándosele por los poros como un veneno que ella convertirá en bálsamo. Nombres con los cuales puede tomar las riendas del mundo y a la vez perderse en él. Nombres que más tarde su imaginación mudará en historias que trascienden los límites de su trabajo como empleada administrativa en el Poder Judicial.

Uno de los nombres que busca es el de un tipo que salió un día a pescar en lancha por el delta del Paraná y desapareció sin dejar rastros. Otro nombre es el de una joven que fue cegada por la envidia y secuestró a una compañera de la facultad luego de robarle su obra literaria. Otro el de un joven bancario que ideó un plan ingenioso para extraer dinero de las cuentas a su cargo hasta que se engolosinó demasiado y lo

descubrieron. Blanca busca todos esos nombres, sí, pero en realidad busca sólo uno, siempre el mismo, el nombre de un inocente: Matías Tibaldi, su Matías.

Puestas así juntas, las historias podrían parecer forzadas o artificiosas, pero lo cierto es que conforman la realidad cotidiana de Blanca en la Cámara Nacional Electoral, sede del Poder Judicial de la Nación que alberga los nombres de todo el electorado de la república, de todo aquel que es, fue o será votante. Ella busca, encuentra y anota el domicilio, que suele ser lo más importante, aunque también lo más desactualizado. Belgrano 388 segundo piso C, ciudad de Córdoba. Avenida Honorio Pueyrredón 1567 planta baja, Buenos Aires, con fecha de cambio en 1974 y sin ningún cambio posterior. San Pedrito 220, tercer piso departamento B, Buenos Aires, ingresado apenas hace un mes. Inclán 347, Salta, fecha de cambio ilegible, ficha en mal estado. A veces no puede anotar ningún domicilio porque ni cambiándoles la ortografía al nombre y al apellido logra dar con el posible individuo. Herberto Estévez no existe, Everto Esteves no hay, Heberto Esteves no figura y las otras combinaciones de esos nombres y apellidos tampoco aparecen, por lo tanto se manda la respuesta “no hemos podido localizar al suscrito, verifique que el nombre sea correcto”. Así sin más. Por esos días, todavía no ha prendido en el reino de la administración pública la amabilidad empacutada que las empresas privadas le obsequiarán al mundo en sus mensajes grabados, sus anuncios, sus cartas: “sepa disculpar”, “lo sentimos”, frases que al principio sorprenden, luego chocan por lo falsas y finalmente acaban por exasperar. Más tarde, de la mano de expresiones como “estamos trabajando para solucionar su problema”, que contra las expectativas del usuario no significan un verdadero tiempo presente continuo, sino que son producto de una mala traducción del inglés – “vamos a trabajar”, en algún momento, “para solucionar su problema” – las telefónicas y otras empresas privatizadas instaurarán el imperio de la más forzada cortesía. No pasará mucho tiempo antes de que una resolución de los camaristas, autoridades máximas del recinto, modifique el contenido de los formularios y las malas noticias se envíen con disculpas y agradecimientos por utilizar los servicios de la Cámara Nacional Electoral.

Pero Blanca no alcanzará a ser testigo de esa transformación y, por ahora, en los formularios que ella completa sólo figuran una simple explicación y un mandato que indica que, para encontrar al individuo en cuestión, hace falta que el letrado, abogado defensor, querellante, fiscal o mero representante de algún particular escriba bien el nombre. Al pie, el escrito concluye con un “Atentamente” que en el mundo empalagoso del futuro podrá resultar tajante. La firma que sigue es la del Prosecretario de Cámara, quien pasa la mayor parte del día certificando la validez de los documentos, pero no porque ello implique una verificación de que el trabajo de búsqueda se haya desarrollado con la rigurosidad y seriedad esperada en una institución con competencia en la totalidad del territorio nacional, sino porque su firma original conlleva una autoridad que, en el sistema de jerarquías y en la compleja estructura burocrática de la institución de la que forma parte, se sabe irremplazable. El Prosecretario se toma el trabajo de firmar documento por documento sin relegar esa tarea rutinaria a un escribiente o auxiliar menor, pero no porque al hacerlo de su propio puño y letra le dedique tiempo a cotejar, siquiera ligeramente, el contenido de lo que firma. No. El Prosecretario firma como modo de afirmar que tal firma afirma la capacidad inherente a su propia persona de soportar el peso del complejo sistema de escalafones

del distinguido establecimiento en que dicha firma se afirma. Es así de sencillo, como si la reputación de la institución que contiene en sí todos los nombres del electorado de la nación, de cada ciudadano que alguna vez votó o votará, pudiera ser mancillada por el trazo prosaico de la birome de un escribiente.

Lo que para Blanca supone una búsqueda de media hora y para otros empleados implica apenas una lectura apurada, el llenado de una fecha, tres firuletes a modo de tachón y una inicial, para alguien en el mundo exterior puede significar un cambio de vida drástico. Con algunos nombres resulta obvio que la búsqueda es en vano, sea que el pedido caiga a las manos de Blanca o de cualquier otro empleado. Así por ejemplo, Roberto Gómez, “Consigne datos filiatorios o número de documento”. Los de Mesa de Entradas podrían ahorrarles a los de la Oficina de Despacho de Ficheros el trabajo de llenar el formulario informando al remitente que Robertos Gómez hay muchos, ya que eso lo sabe de sobra cualquiera. Sin embargo, la burocracia es el reino del papeleo absurdo y los protocolos sin sentido, una fiesta pomposa en virtud de la cual las normas constituyen un fin en sí mismas, las formalidades preceden a la razón y la creación de falsas necesidades prevalece por sobre toda producción vital. Así que a esos nombres Blanca no se toma el trabajo de buscarlos pero Mesa de Entradas les da entrada, de ahí su nombre, y cobra el arancel.

Algunas cosas de la burocracia a Blanca le resultan fastidiosas y otras no. Cruzar rayas azules en medio de los formularios blancos o poner la misma fecha decenas o centenas de veces por día no le molesta. Le parece terapéutico – Blanca usa bastante esa palabra, terapéutico, aunque se siente incómoda, como si el hacerlo implicara una abdicación, no sabe muy bien de qué. Después de varias horas recorriendo los ficheros y abriendo cajones llenos de polvo, tarea que le gusta pero la cansa, rayar formularios la relaja. Que debido a la cantidad de papeleo que llevaría semejante cambio no se dignen a reemplazar los tubos fluorescentes por lámparas que al reflejarse sobre el blanco del papel no dañen la vista sí le molesta. Según el oculista, los tubos fluorescentes no tienen nada que ver con su presbicia, y sin embargo ella sabe que le hacen mal. El oculista también le ha dicho a Blanca – tras un exhaustivo examen durante el cual se dedicó a quejarse de la inseguridad, de cómo los delincuentes entran por una puerta y salen por la otra, y de la necesidad de endurecer las leyes para los menores de edad – que su globo ocular denota falta de irrigación sanguínea y por lo tanto falta de ejercicio corporal. Pero como Blanca no cree en la mano dura y siempre se ha movido mucho, les da poca cabida a las observaciones del oculista. Sin embargo, al salir de la consulta camina frente a la plaza Monseñor de Andrea, por la que pasa por lo menos dos veces al día, y la mira, valga la metáfora, con otros ojos: ¿y si probara ir a dar unas vueltas al trote ahí un par de veces por semana?

Es a partir de ese momento que el recuento de esta historia se hace posible: en la burocracia paralizante que lleva a que la jefa de la Oficina de Despacho aplaze indefinidamente el pedido de nuevos tubos de luz, haciendo que, a su vez, Blanca decida acudir al oculista y acepte su indicación de moverse más. Es en virtud del efecto oblicuo del aparato burocrático de la Cámara Nacional Electoral, cuya inacción desencadena una acción, que se puede comenzar a reconstruir la vida de Blanca en los meses anteriores a la tragedia que acabó con su vida. El inicio de la narración se ubica en la coyuntura entre inactividad y labor – la parálisis burocrática se torna motor del relato. ■■